

Un tiempo raro, nuevo, que vale la pena vivir

El 16 de marzo de 2020 fue un día feriado, el último de un puente largo que tuvimos, día de descanso y de procurar organizar una semana que se veía venir un tanto extraña, sólo un poquito, por la serie de rumores que empezaban a correrse y que de alguna forma, ya estaban sembrando cierta inquietud y cierta preocupación.

El 17 llevé a mi hijo menor al kínder y ya no pude dejarlo. La maestra, recibiendo a tres niños cuyas madres requeríamos ir a trabajar, abrió la posibilidad de llevárnoslos, de acuerdo a cómo nos sintiéramos. Las tres nos vimos ante el dilema de siempre. O el trabajo o el cuidado y búsqueda de seguridad de nuestros hijos. Por supuesto que ganó lo último. Ya había señales en las redes, en la televisión, en la radio, de que el asunto se venía difícil. Nos ganó el temor a todas y partimos con nuestros vástagos al empleo. Lo bueno fue que siempre hay un buen lugar para acomodarlo, lo bueno es que mi marido y yo siempre nos echamos la mano. Lo bueno es que contamos el uno con el otro y aún así, a veces es complicado.

La búsqueda eterna de un rol activo, de un lugar en la profesión, de un espacio entre la competencia, luchando con la posibilidad de estar cerca de los hijos, sólo mirándolos y atendiéndolos. Ese 17 de marzo, mientras manejaba al trabajo con mi hijo sentado atrás de mí, empecé a pensar cómo nos acomodaríamos si la cosa se ponía más difícil. Pero sólo fue un pensamiento, una idea, un deseo de que no pasara nada más, fue sólo algo que cruzó por mi mente como no quiere la cosa.

Pero...

Ahí empezó todo.

Esa tarde, mi hijo que asiste a la secundaria nos avisó que tendríamos que ir por él a la salida, cuando él ya va y viene solo, pues lo mandaban a casa por tiempo indefinido por el asunto de la Epidemia y le habían entregado todos sus libros, que aunque no son muchos, sí generan un peso un tanto innecesario en una caminata de media hora de la escuela al hogar.

Era miércoles y yo ya tenía a mis dos hijos en casa, sin saber bien por cuánto tiempo, viendo adelantado el tiempo “vacacional” sin haberlo previsto, habiendo dejado “para después” la visita a un balneario, porque nos ganó la flojera y porque íbamos a tener tiempo en otro momento, habiendo cancelado de última hora una salida a cenar con la mejor de mis amigas, porque empezó a llover de una forma que me obliga a permanecer en casa sin considerar salir para nada, teniendo

mi agenda llena con pacientes a quienes veo cada quince días o cada tres semanas, empezando a preguntarme cómo le iba a hacer para atender a los del turno matutino, que veía sin conflicto sabiendo a mis hijos en la escuela.

El ciclo de cine francés al que estaba yendo por las tardes, robándole unas horas al tiempo, se canceló, la obra de teatro a la que iría el viernes 20 también, el curso sobre mitos griegos que estaba tomando en la Biblioteca Gómez Morín se quedó esperándonos, los ensayos para los XV años en los que mi hijo mayor iba a ser chambelán también se suspendieron, los conciertos, las salidas...

Tenía pensado comprar boletos para los Auténticos Decadentes, que sería después de los veintes de marzo, con la idea de subsanar el no haber ido a ver a Julieta Venegas en febrero. Qué bueno que no compré las entradas para los Auténticos y qué mal que no fui a ver a la Venegas.

Poco a poco el término que más se empezó a usar fue el de Pandemia, el miedo que más inició a circular fue al contagio, la angustia que dio revuelo fue la economía paralizada y el poco ingreso de dinero a las familias. Paulatinamente, los nervios estallaron, las instrucciones se volvieron órdenes y la simple sugerencia de “quedarte en casa para evitar los contagios y el colapso en hospitales” se cambió a una demanda absoluta, que por más absoluta que sea, ha habido muchas personas que no han podido respetarla, por tener la economía al día y no poder quedarse en casa sin moverse en lo absoluto. O bien, ha habido personas que no han querido quedarse guardados, que creen que esto de los contagios es mentira y que sólo es un complot del gobierno de otros países en donde México es uno de los paganos. Y bueno, hay quien dijo que sí, aquí me quedo, me cuido, me protejo, no salgo, me dedico al trabajo en casa, al de la oficina desde casa, a la limpieza, a los hijos, a tratar de buscar mi tiempo personal y libre, a tratar de sobrevivir al caos.

Llegó la Semana Santa y parece que no hubo. El tiempo vacacional ni siquiera se sintió. Por primera vez desde que yo recuerdo, las Iglesias permanecieron cerradas o abiertas solamente para cierto número de personas y sin oficios, sin sacerdotes que acompañaran por un ratito a alguna persona que necesitara la confesión o la comunión... No hubo culto, no hubo Jueves Santo con su visita a las 7 casas, ni Viernes Santo con su saludo a la Virgen para darle el pésame, no hubo Sábado de Gloria colectivo ni Domingo de Resurrección con las campanas a vuelo.

Nunca había vivido eso. Y la ausencia de rituales se hizo presente, muy presente.

Se fue una semana más y luego la otra, la del regreso a clases, que se sintió como un abrumador aterrizaje a Otra realidad a la que, por lo menos yo, no terminé de acostumbrarme.

Y aquí estamos, en casa, guardados, iniciando la sexta semana de confinamiento, habiendo suspendido las actividades escolares, sin salir a dejar niños por la mañana, poniéndole pausa al trabajo presencial, haciendo lo que se pueda a través de la computadora y el teléfono, atendiendo con gusto a los pacientes que deciden seguir con su trabajo terapéutico a distancia, limitando las salidas a lo más necesario, dejando lo de antes para adaptarse a lo nuevo, a una forma diferente de estar, de quedarte contigo, de quedarte con ellos, de tomar tu casa y tu tiempo, sin prisas, sin carreras, sin presiones. Tomando un libro en lugar del teléfono, encendiendo la tele y quedarte a observar sin sólo atender al ruido de fondo, valorando las llamadas y los mensajes de la gente que amas, replantéandote cómo vivir en tu casa cuando quizá sólo comías y dormías en ella, hurgando en los rincones para reencontrarte con esos espacios que ahí estaban y que veías, pero no te detenías a observar.

A veces me quedo detenida en alguno de mis sitios favoritos y me pongo a pensar en todo lo que creo que he interrumpido, otras veces me angustio porque el ingreso económico está parado y los gastos siguen y seguirán corriendo, en otros momentos me percibo ansiosa porque me gustaría aprovechar el sol y el calor y vivir un paseo por la naturaleza con mis hijos y mi esposo, como siempre le hacemos, como estamos acostumbrados, otras veces me pongo a pensar en qué es lo que haré cuando esto pase.

Y aunque me gusta fantasear y buscar opciones en mi mente, creo que esto de quedarme en casa y no salir para casi nada, no está tan mal. Puedo ejercitar mi paciencia y voltear a ver lo que casi nunca veo y también, imaginar un poco lo que me gustaría hacer cuando esto se termine.

Quizá sólo caminar sin preocuparme, ir a la tienda y tardarme platicando con las vendedoras, volver a ir al super y charlar en cercanía con quien se formó atrás de mí, hacer un viaje corto para ver a una amiga y regresar a algún bar o café para tomar lo propio.

Por ahora queda ESTAR, así como se puede, e ir y venir, así como se puede, sintiendo el anhelo de un abrazo de alguien lejano, pero viviendo con gusto el que sí se puede recibir. Añorando las manos o el calor de algún familiar que se encuentra lejos, pero tomando con gran placer y felicidad el calor que sí tenemos, en nuestra casa, nuestro espacio, el que hemos recuperado en este tiempo forzoso de permanecer en él.

Estemos, estando.